

muy feliz, salvando su persona del castigo que sus desórdenes le habían merecido y conservar el señorío de Meztitlan, al cual se retiró luego, con algunas familias que quisieron seguirlo. El ejército de Tetzotzomoc, embriagado con la victoria y ansioso de recoger algun botin, entró á saco á la ciudad de Xaltocan, cuyos habitantes aterrorizados de los estragos, huyeron mas bien á los ejércitos del emperador, en cuya clemencia confiaban. Techotlala, impulsado de sus sentimientos humanitarios, acogió benignamente al pueblo, llevándolo consigo para establecerlo en terrenos inmediatos á su corte, designándoles por señor á un caballero llamado Quauhquetzal. Despues este pueblo se fué estendiendo, y de él salieron los fundadores de la ciudad de Otompan hoy Otumba, que mas tarde figuró de una manera muy importante.

En cuanto al territorio del reino, se dispuso luego su division: la capital con sus tierras limítrofes á Tezcoco, quedó agregada á los estados del imperio; y el resto fué dividido entre los reyes de Azcapozalco, Tlalteloleo y México. ¡Incomprensible encadenamiento de los sucesos humanos! Una de las mas antiguas monarquías del territorio, cuya familia reinante se halló mas íntimamente ligada á la corona imperial, por el enlace de su primer rey con la segunda hija del emperador, (1) y adornada con los laureles de gloria recogidos en los campos de Huejotla, Patlachihuacan, Mizquie y Poyauhtlan, desaparece: y sus despojos vienen á enriquecer al último pueblo venido al valle del Anahuac. Aquella por los excesos de un rey corrompido, ve mancilladas sus proezas, rotos sus títulos de grandeza y repartidos sus dominios por derecho de conquista, entre los pueblos

1 Veytia hist. antig. tom. 2º cap. 21.

vengadores de sus crímenes; y éste con un heroico sufrimiento para sobrepujar á casi dos siglos de infortunios, echa sus primeras raices en las ruinas de una monarquía que pasa: elevándose luego sobre aquel pedestal á tanta altura, que pronto debe ser el pueblo rey; para ver mas tarde á otro pueblo extraño, romper el cetro de su poder, abatir á sus poderosos señores y enriquecerse con sus tesoros.

CAPITULO XIX:

Guerra de Tlaxcallan y establecimiento de aquella república.

Ya hemos dicho antes, que de la tierra de Aztlan, salieron siete cuadrillas de gente, que se dividieron en el lugar *Chistomoztoc*, siguiendo adelante seis, y quedando allí una, de la cual tambien por su division, salieron los dos pueblos, mexicano y teochichimeca. Estos últimos separados de los mexicanos, llegaron á Tezcoco, y el emperador Tloltzin Pochotl les concedió tierras para establecerse, en las llanuras de Poyauhtlan; pero habiéndoles movido allí una guerra los pueblos inmediatos, que creyeron recibir perjuicio de aquella vecindad, los obligaron á retirarse por las faldas del volcan de Popocatepelt ó sierra nevada; y fundaron sus poblaciones en el valle de Atlixco, de donde se fueron estendiendo hasta la sierra de Matlalcu'eye. Allí hallaron en un alto repecho de ella, la ciudad fundada por los ulmecas y xicalancas, con el nombre de Tepectipac: entraron en guerra con los antiguos moradores de aquellos lugares, que en busca del reposo se retiraron, dejando la tierra á los teochichimecas, quienes poblaron la ciudad y cultivaron el terre-

no, que por ser muy fértil y darles abundantes cosechas de maiz, le nombraron *Tlaxcallan* que significa *tierra de pan*. De aquí tomó aquel pueblo la denominacion de *Malxalteca*. (1)

El año de 1272, el emperador concedió á su hijo Xihquetzal, el señorío de Tlaxcallan, asociándole los dos hijos de Huetzin rey de Coatlichan, permaneciendo en aquel Estado por muchos años, hasta la batalla de Poyauhtlan, despues de lo cual se aumentó notablemente su vecindario con los fugitivos que escaparon de aquel sangriento combate, así como con los muchos vasallos que acompañaron á los cuatro infantes rebeldes desterrados perpetuamente á ese territorio, por haber movido guerra á su padre Quinantzin, quien en castigo de su delito y cumpliendo con el ofrecimiento hecho á la emperatriz, les conmutó en destierro la pena de muerte.

El señor de Tlaxcala, cumpliendo con las órdenes de su hermano acojió benignamente á los desterrados, dejándoles la mas completa libertad para poblar y cultivar las tierras que se les concedieron; pero esto dió ocasion á que estos mantuvieran sus costumbres y perversas inclinaciones, por hacérseles duro estar sujetos al trabajo del campo para vivir, inclinándose siempre al criminal libertinaje, para no sujetarse á las leyes que creian opresoras por privarles del derecho de su libertad natural. Xihquetzal, habia aumentado mucho su autoridad, y para atender mejor á la administracion de justicia y mantener el buen orden en sus pueblos, hizo que los principales señores fueran á su corte para que la ayudaran á llevar la pesada carga del gobierno: esta sabia y prudente determinacion, que realmente daba más esplendor á la ciudad y garantizaba los intereses de los súbditos, fué un motivo mas de descontento para aque-

1 Veytia hist. antig. tom. 2º cap. 23.

llos ánimos inquietos y revoltosos, pues creyeron esto un efecto del orgullo y vanidad del soberano, á la vez que calificaron á los señores de viles aduladores y ministros de una opresion tiránica, que reducía al pueblo á vergonzosa sujecion.

Para mejor organizar aquella rebelion solicitaron al señor de Huexutzinco, que estando celoso del engrandecimiento del Tlaxcala y temiendo ser despojado de sus estados, fácilmente entró en aquella liga; pero para no verse comprometido y cargar solo con la responsabilidad, quiso primero que los otros tomaran la iniciativa, ofreciéndoles levantar sus tropas para llevar á cabo la empresa. Todos se prepararon para dar la accion en un mismo dia á todas las poblaciones, de donde los gobernadores y demas señores de ellas tuvieron que huir á la corte para escapar de los enemigos y ayudar al rey para sofocar el movimiento.

Xiuhlehuit señor de Huexutzinco, al mismo tiempo que levantó sus tropas, solicitó el auxilio de los mexicanos; mas como Acamapichtzin por su casamiento con la hija de Coxcox se hallaba ligado con la casa de Coatlichan de donde procedian los asociados al gobierno de Tlaxcala, quiso permanecer neutral; y aunque mandó el auxilio que se le pedia, el gefe de las fuerzas llevaba orden de no mezclarse en batalla alguna: mandando decir al mismo tiempo á Xihquetzal gefe de Tlaxcala, que no pudiendo negarse á prestar el auxilio pedido iban sus fuerzas con orden de no pelear, para que tambien por su parte ningun daño se hiciera á ellas. Para contener esta insurreccion levantaron en Tlaxcala la fuerza que fué posible; y pidieron auxilio al emperador de Tezcoco que mandó luego un ejército al mando del general Chinametl: asegurando su amistad al señor de Tlaxcalteca su hermano, por medio de un regalo segun era costumbre en aquellos pueblos. Los refuerzos de Tezcoco y de

otros lugares á donde se pidieron, llegaron á la ciudad de Tlaxcala á tiempo que los revoltosos se acercaban para asediála con un numeroso ejército que cubria todos los contornos de la sierra de Matlalcueye: segun las costumbres de aquellos pueblos, los asaltantes avisaron á la plaza su resolucion de atacar dentro de tres dias para que se prepararan á la defensa: y el señor de la ciudad mandó que por aquel término se observara un ayuno general, concurriendo todos los habitantes al templo á tener oracion ante su dios Camaxtle para pedirle la victoria ofreciéndole al mismo tiempo sacrificios de animales y ofrendas de papel, espinas y hojas de tabaco. El gefe para estimular con su ejemplo, fué el primero que se dirigió al templo y haciendo llevar algunas varas, puntas de pedernal y nervios ó tiras de piel para formar las saetas las presentó al dios, poniéndolas sobre un altar cubierto con ramas de laurel. Con grandes voces pidió al ídolo objeto de sus adoraciones, se dignara bendecir aquellos objetos y que prestándoles su proteccion como siempre lo habia hecho, les diera la victoria sobre sus enemigos.

Como aquel pueblo habia degenerado ya á la idolatría, fácilmente se dejaba llevar de las mas ridículas supersticiones: de manera que concluida la plegaria del gefe, el sacerdote mayor llamado Achautli, hizo creer á la multitud haberle hablado el dios asegurándole el triunfo para su pueblo, para lo cual debia hacerse una ceremonia que le habia ordenado: y para esto exigió llevaran á una señora de la ciudad que tenia mas grande un pecho que otro. Cuando estuvo en presencia del sacerdote le dió á beber un brevaje que habia preparado y esprimiéndole luego el pecho mas grande le salió una gota de leche que recogió en un baso de pedernal negro el cual colocó en el altar cubriéndole con una rama de laurel. Admirado el pueblo de aquella incomprensi-

ble ceremonia siguió su penitencia y rogativas por el término que se habia mandado; y al tercer dia estando todos presentes en el templo, el gran sacerdote despues de estar un rato inclinado sobre el altar, presentó á la muchedumbre el vaso lleno de una espuma blanca haciéndoles creer haberse convertido en ella la gota de leche y asegurando en nombre de su divinidad, que si los guerreros mojaban allí las puntas de aquellas que estaban en el altar, harían grandes estragos en los enemigos y alcanzarian el triunfo; pero que debian ofrecerle en sacrificio el primer prisionero que se hiciera. El pueblo lleno de regocijo, mojó sus flechas en la espuma y salió por las calles danzando al son de sus teponaxtlis y tepuquiztlis, satisfechos de obtener las victorias segun el ofrecimiento de su dios.

Comenzado el combate, luego que hicieron el primer prisionero fué llevado al templo; y abierto por un costado, se le sacó el corazon que el sacerdote ofreció á Camaxtle: con la piel de aquel desgraciado, se vistió uno que danzaba en presencia del ídolo. Habia continuado la refriega por todo el dia, corriendo á torrentes la sangre mezclada de los dos ejércitos, y la entrar la noche, la confusion acabó de poner en desórden á los asaltantes, por lo cual se retiraron despues de una inmensa pérdida, que los obligó á desistir de su empresa. Las antiguas historias tlascaltecas decian; que al ponerse el sol, el sacerdote mojó una flecha en la espuma, arrojándola al campo enemigo acompañada de algunas imprecaciones: y que haciendo tender en el suelo al que tenia vestida la piel del prisionero, le derramó el vaso de la leche, con lo cual sobrevino una niebla tan espesa, que envolvió á los enemigos en sus tinieblas, confundiéndoles y aterrorizándolos.

No creyendo los conjurados reponerse de la pérdida que habian tenido, para escapar del castigo se apresuraron á

ir en presencia de Xihquetzalzin para implorar su perdon. Este, á ejemplo de su hermano Quinantzin y sus mayores los soberanos chichimecas, era generoso con los vencidos; y tomando solo algunas precauciones para asegurar la paz de sus estados, concedió su clemencia á los vasallos rebeldes, así como á sus aliados el señor de Huexutzinco y otros de otras ciudades.

Poco tiempo despues de esta guerra, que fué el año de 1384 murió Xihquetzalzin á quien los tlaxcaltecas llamaban Culhua Tecuhtli Huanex, lo cual significa *el caballero Culhua que es cabeza*. Al morir dividió el mando de sus estados en sus dos hijos: al mayor que los chichimecas llamaban Mitlque y los tlaxcaltecas Texchatli huehue, dejó el barrio de Tepeticpac, que era la mitad de la ciudad: y al segundo Cuicuetzcatl, la otra mitad que era el barrio de Ocoteculeo, debiendo mandar juntos todo el reino. Posteriormente la ciudad fué dividida en cuatro barrios, agregándose á los dos expresados, el de Quiahuiztlan y el de Tizatlan: los cuatro señores gefes de aquellos cuarteles, acompañados de la nobleza, formaban un senado que decidia así en la paz como en la guerra todas las cuestiones graves; y con este gobierno republicano aristocrático, se gobernó este pueblo hasta la venida de los españoles, con quienes se aliaron para vengarse de sus rivales los mexicanos, quedando todos envueltos en la misma ruina.

CAPITULO XX.

Terminan los reinados de Techotlalatzin en Tezcoco y Acamapichtzin primer rey de México.

En el año de 1394 reunió el emperador Techotlalatzin por segunda vez un gran consejo en su ciudad de

Tezcoco, al cual fueron citados sesenta y tres reyes y señores feudales: en este consejo se trataron los negocios mas difíciles del gobierno; pero particularmente quiso el emperador el arreglo de tres puntos. Primero: aliviar á varios pueblos que estaban sufriendo un tributo superior á sus circunstancias, á la vez que otros pagaban menos de lo que debian, para lo cual hicieron una division mas proporcionada de los tributos y distribuyeron los pagos de la manera mas equitativa y suave para los vasallos. Segundo: la distribucion de los señoríos, el orden que en ellos se debia guardar para el gobierno y administracion de justicia, y el modo de sucederse en ellos. Y tercero: asegurar á su hijo la posesion del reino, para lo cual hizo que todos los reyes y señores del consejo le prestasen la debida obediencia y lo reconocieran como heredero y legítimo sucesor del trono.

Ixtlilxochitl siguiendo la costumbre de los toltecas que no podian borrar desde el reinado de Topiltzin y que se habia introducido ya en los chichimecas á pesar de la severidad de sus costumbres, mantenía á su lado un crecido número de concubinas; pero como el derecho á la sucesion legítima en los derechos del padre, solo se concedia á los hijos nacidos de matrimonio, su padre por una razon política y para prevenir un mal que mas tarde turbase la tranquilidad de sus vasallos por cuyo bien estendia sus cuidados hasta mas allá de su muerte, lo obligó á casarse, proponiéndole una princesa de Azcapozalco, hija del rey de Tetzotzomoc. El príncipe se presentó á complacer los deseos de su padre y por medio de embajadores con las ceremonias de costumbre se pidió el beneplácito del rey de Azcapozalco, quien condescendió y presentó á su hija á los comisionados, que la llevaron á Tezcoco donde se celebraron las bodas con la pompa y magnificencia adecuada á la categoría de las personas. Ixtlilxochitl, tuvo algunos dias á su esposa, pero prevenido